

más desastroso que el de *hacer la mañana*, como se llama á la nefasta costumbre de ingerir en ayunas cantidades mayores ó menores de licores espirituosos. Estos obrando *in natura* van directamente á ponerse en contacto con los elementos anatómicos del organismo.

Todos los aparatos son lesionados en un grado más ó menos grande, pero hay algunos en los que por la importancia funcional las lesiones son más graves y más serias.

Hecha abstracción de aquellos casos en que todos los órganos sufren ocasionando al individuo la miseria fisiológica, incapacitándolo para desempeñar ejercicio alguno, no solo en el orden intelectual sino en el físico, y ofreciéndonos el cuadro tan común en las calles y plazas, donde tan frecuente es hallar individuos con facies de idiota, ojos apagados y sin expresión, adornados por simétricos y pigmentados pterigiones, cara abotagada y enrojecida, llevando por narices verdaderas berengenas; con voz enronquecida y con pasos vacilantes y temblorosos arrastrando una existencia miserable: abstracción hecha, repito, de estos casos, hay otros en los que en virtud de predisposiciones especiales, un aparato ú órgano es el más directamente atacado.

Así, en el dominio del sistema nervioso, tenemos toda una serie de estados en los que una relación de causalidad se hace manifiesta.

Me permitiré observar que en éste, como en los demás aparatos, hay dos órdenes de lesiones que pudiéramos llamar directas é indirectas; siendo éstas, las que por acción mediata son provocadas secundariamente, pero de un modo fatal, como resultado de lesiones de los vasos encargados de su irrigación.

Tal es el caso que el día 11 de Febrero de 1897, pude observar en la cama núm. 16 de la Sala del Sr. Profesor Bandera, en el Hospital de San Andrés, en la persona de A. M., soltero, de 50 años de edad y jabonero de oficio. Llevaba 10 años de tomar pulque hasta embriagarse, sin poder precisar qué tiempo llevaba de beber regulares cantidades

de mezcal ó refino. En este caso se pudo desde luego ver de un modo evidente, el estado general de ateromacia de las arterias. En su conmemorativo se recoge un ataque apoplético inicial que hace dos años sufrió, y cuyas reliquias aún conserva en la hemiplegia izquierda que presenta.

La ruptura del vaso, al dilatarse forzosamente por la pérdida de elasticidad que el alcohol en conjunto con la edad habían procurado, originó la salida brusca del dardo sanguíneo que de un modo mecánico fué á dilacerar la substancia cerebral misma, ocasionando la destrucción de una zona cuya integridad es esencial al cumplimiento de los actos voluntarios, y que por su localización (cápsula interna), trajo de un modo fatal la parálisis incurable de que se queja.

Pero si en el caso anterior se ve claramente la liga de los fenómenos que tienen su origen en los vasos enfermos, hay otros en que la acción se verifica de un modo directo é inmediato. Tal es el enfermo núm. 2 de la misma Sala llamado J. E., de 40 años de edad y oficio sombrerero. Hace diez y siete años que acostumbraba tomar mezcal, llevando seis de ser presa del conjunto de sufrimientos que constituye la *ataxia locomotriz progresiva*, cuyos primeros fenómenos se declararon después de ocho días de ingerir diariamente cuartillos enteros llenos de alcohol, que circunstancias particulares de habitación ponían á su alcance.

En este caso el alcohol, obrando como elemento irritante, provocó, al ponerse en contacto con las celdillas, un proceso proliferante del tejido conjuntivo, que ahogando y sofocando las fibras nerviosas vecinas, acabó por substituirse á ellas, interrumpiendo así las conexiones de los cordones medulares por desaparición de los posteriores; y aunque por condiciones del enfermo en sus costumbres privadas, no muy honorables, se hallan algunos antecedentes de Sífilis adquirida, no son estos bastante francos para con Strümpell atribuirles gran valor, y si es evidente el alcohol que á diario estúpidamente ingería.

II.

Siguiendo el plan trazado, sin salirme de mi propia observación, haré alusión á los diversos y frecuentemente irremediables males que el alcohol produce.

Las perturbaciones digestivas son de las que fijan primero la atención de los enfermos, pues las faringeadas casi nunca les preocupan al grado de consultar al médico.

Las secreciones del estómago que se activan ligeramente, acaban por agotarse cuando se extralimita la excitación, para transformarse en irritación fluxionar, que repetida, acaba por producir verdaderas gastritis en que se ataca no solo la mucosa gastro intestinal en sus glándulas y vasos, sino que hacen víctima al individuo de verdaderas infecciones.

Para no citar sino algunos, me permitiré presentar tres observaciones recogidas.

La primera, se refiere á un enfermo de la Sala del Señor Profesor Orvañanos, en el Hospital de San Andrés; ocupaba el 2 de Mayo de 1897 la cama núm. 3, el jornalero I. H. era de 55 años de edad y aseguraba no ser la primera vez que pagaba tributo patológico al servicio de Baco. Llevaba treinta años de beber, y el último ataque de enterítis hemorrágica descuidada de mes y días de duración, lo trajo al estado de desnutrición y miseria que en esta época presenta.

El día 8 de Abril del mismo año, se presentó á ocupar la cama núm. 2 de la Sala de Clínica Interna del Hospital Militar de Instrucción, un soldado del 1.^{er} Regimiento, A. A., de 30 años de edad y oficio anterior herrero, quien hace diez años tiene la costumbre de tomar hasta embriagarse, dando la preferencia al *refino*.

Refiere que hace tres meses perdió sus digestiones y solo hoy que ni el *mezcal* le abre el apetito decidió curarse en forma, estimulado por la molestia dolorosa que siente en el hipocondrio derecho y la diarrea que le impide cumplir su servicio reglamentario.

El examen clínico á que se sujetó, nos reveló la presencia de una congestión hepática con enterítis alcohólica, que previo el bien dirigido tratamiento, del Profesor Teniente Coronel Joaquín Rivero y Heras, pudo dominarse, no sin haber sido víctima durante treinta y cinco días de los sufrimientos consiguientes.

Es la tercera el caso que se presentó el día 15 del mismo mes de Abril en la Sala del Señor Profesor de la Escuela Práctica, Teniente Coronel D. José P. Gayón, en el Hospital Militar. Ocupando la cama núm. 15 un soldado del 1.^{er} Batallón de Artilleros A. C. de 40 años de edad, de oficio anterior minero; quien no obstante llevar doce años de tomar *mezcal*, hasta el día 12 fué invadido por un estado tifoideo que lo imposibilitó de servicio alguno, sin otra causa que una intoxicación alcohólica pagando con veintiocho días de sufrimiento su intemperancia.

El número de casos semejantes es muy grande y constantemente el médico y aun el estudiante tienen ocasión de observarlos, sobretudo durante los meses de Abril á Septiembre, perturbaciones gastro-intestinales que si no todas, la mayor parte tienen por origen la intemperancia en el beber que en nuestro pueblo domina.

III.

Después de las afecciones del tubo intestinal lo que con más frecuencia se ve producir en la práctica, son sin duda los innumerables casos de hepáticos que anualmente se registran en nuestros hospitales. Y no se crea que el hecho de prestar mi atención de un modo particular al servicio militar al que pertenezco, me permite afirmar tal proposición; pues no es menos elevada la estadística que en San Andrés se registra, pudiendo afirmar que en el año de 1896 se atendieron 181 hepáticos, (1) en tanto que en un período que abraza de Octubre de 1893 á Diciembre de 1895

1 Museo Anatómico-Patológico del Hospital de San Andrés.

se atendieron 119 diagnosticados, encontrándose en ese período de tiempo el alcoholismo diagnosticado noventa y dos veces.

La razón es obvia, pues siendo el hígado el primer órgano que en su trayecto encuentra el veneno, es natural que en su papel depurador, sufra la acción inmediata y casi *in natura* del alcohol.

Establecida la acción que el alcohol tiene sobre el tejido vecino, acción fluxionar y proliferante unas veces, degenerativa otras, se comprenden los diversos y combinados procesos que pueden tener lugar en la complicada estructura que la glándula hepática ofrece.

Ya son las celdillas sofocadas en su función y atrofiadas por compresión mecánica extrínica así como sus aferentes portas, provocando el proceso hiper y después atrófico á que Laenec dió su nombre y que los tomadores designan tan bien con el nombre clásico de *panzones*; ya provocando el *Hígado graso* que tan magistralmente ha sido estudiado por nuestro bien estimado Profesor Dr. D. José Ramos en su Tesis de Doctorado, y cuyas conclusiones no ha hecho sino comprobar la experiencia; ó bien la *Perisplebitis supra-hepática* de nuestro Dr. Carmona y Valle, formando entidades morbosas autónomas con sus caracteres propios.

Los primeros casos, la verdadera cirrosis atrófica típica no es tan frecuente como se cree en nuestro pueblo, aunque no es raro encontrarla en nuestros soldados con todo su cortejo de diarrea, dispnea é hidropesía cuando la lesión es avanzada, llevando consigo la irremediable terminación fatal. Y aun cuando casos sumamente raros se han llegado á curar por reintegración de una zona extensa de la glándula y que obligaban á uno de nuestros más laboriosos médicos de San Luis Potosí en el año de 1895, el Dr. Don Miguel Otero, á enaltecer el tratamiento estricnico previa paracentésis y vendaje abdominal á permanencia, me permito creer que esto es solo excepcional y que la lesión orgánica propia-nteme dicha una vez establecida, es irremediable, y lo mis-

mo que acontece con el hígado sucede en mi humilde concepto, en todos los demás órganos en que lesiones atróficas semejantes se declaran establecidas.

No soy refractario á los éxitos que la dedicación de hombres eminentes, después de ímprobos trabajos de observación han sentado con relación á esto, y esclerosis medulares perfectamente típicas por su sistematización, han sido declaradas en mejoría y aun curadas por procedimientos de elongación que entusiasmaron á alguno de los dedicados Profesores de nuestra Escuela, después de un atento examen de los trabajos de la Salpêtrière en el año próximo pasado; pero no es menos exacto que la confusión de su génesis ha permanecido en su ánimo, habiendo preferido antes de decidirse sobre el mecanismo de su curación, seguir estudiando el asunto y sus fundamentos.

En la esfera hepática citaré algunas observaciones clínicas hechas personalmente.

El 20 de Febrero de 1897 se presentó á ocupar la cama núm. 15 de la Sala de Clínica interna del Hospital Militar, un soldado del 13.º Batallón, C. F., soltero, de 27 años de edad, y oficio anterior, pintor. Llevaba ocho años de tomar *mezcal* y *refino* por costumbre, embriagándose con mucha frecuencia. El pulque era su bebida cotidiana. Haré notar que es muy raro el individuo que se concreta á tomar una sola bebida fermentada y la mayor parte de nuestros bebedores tienen especial satisfacción en tomar mezclas de pulque y mezcal, aguardiente y pulque, etc., con el objeto, según álguien me ha confesado, de procurarse una embriaguez más rápida.

Hacia cuatro meses próximamente, empezó este enfermo á notar que después del pulque que en la alimentación toma en vez de agua, le pesaba mucho el hipocondrio derecho, sensación que acabó por molestarle al respirar.

El día 6 de Febrero notó, después de una gran ingestión de pulque en su mayor cantidad, pues tomó también algunas copas de refino, que aunque almorzó como siempre,

chile picante en abundancia con nueva cantidad de pulque, no cedió, como otras veces, la *cruda*, (así llaman á las gastritis que provoca consecutivamente la embriaguez).

Por la tarde del 6 notó un ligero escalofrío, y perdió desde entonces completamente el apetito. Su lengua está cargada y en sus ojos lleva el estigma de su vicio. Su temperatura es normal; su respiración, acelerada, 25 al minuto. Explorado su hipocondrio, se notó un abultamiento que desbordaba las falsas costillas y se desalojaba con los movimientos de la respiración. Este abultamiento es sensible á la presión; pero no hay edema cutáneo en parte alguna.

Previa percusión del hígado y auscultación torácica y cardíaca, se hizo por vía de confirmación una punción exploradora con una aguja capilar en el sexto espacio intercostal derecho, con todas las precauciones recomendables, sacando una geringa llena de pus concreto y rojizo; pero no fétido.

No hay que decir que, pasado al servicio de Cirugía, se le sujetó á una operación. Solo me limitaré á decir que el 17 de Mayo del mismo año salió de alta, debido á las cuidadosas atenciones con que se le trató.

Me permitiré únicamente recordar, ya que por alguien de nuestros eminentes maestros se ha tratado el asunto satisfactoriamente, la relación de causalidad constante entre las hepatitis supuradas y las costumbres del pueblo de México.

En las costas mexicanas y en general en los climas tórridos, donde la disenteria tiene su asiento, no se podría negar la relación de esta afección con el abceso del hígado, y así como en esos lugares esa fuente etiológica tiene como factor una capital importancia, en Mexico, no es menor la que representa la alimentación que acostumbra un gran número de habitantes, para quienes el pulque y el chile son indispensables.

Es clásica la mezquina alimentación del mexicano, y su poca variación entre la mayor parte de sus habitantes; habiendo numerosas familias que se contentan con tortillas

y frijoles, siempre que vayan sazonados con una gran cantidad de chile y el indispensable pulque.

Hay alguien que afirma tiene la costumbre del pulque, para neutralizar el ardor que desde la boca al estómago provoca la ingestión del chile y es muy común tomen por hábito hasta cuatro y cinco litros diarios de la bebida nacional.

El día 21 de Abril de 1897, ocupaba la cama núm. 7 de la Sala del Sr. Profesor Orvañanos, en el citado Hospital de San Andrés, el cantero L. R., de 35 años de edad y estado casado. Entre sus antecedentes se recoge el dato de que hace próximamente quince años que acostumbra embriagarse con *refino* y *tequila*, siendo hasta hace un año de salud envidiable, según él; pero á esa época notó que sus digestiones se hacían mal, teniendo acedías frecuentes, flatulencias y poco apetito. En seguida, diarreas que le aparecían y desaparecían sin causa ostensible y que por último, se empezó á sentir pesado del vientre y un poco dispnéico. Todavía no le hubiera dado importancia al mal, que le permitía seguir trabajando, si últimamente el hinchamiento del vientre y la sofocación no le impidiesen ocuparse en trabajos de esfuerzo.

Es un hombre de constitución regular, y no obstante la incipiente canicie que ostenta, se revela en él una energía poco común. Su facies es pálida y sus globos oculares están adornados con dos excresencias carnosas pigmentadas. La respiración es dispnéica, 30 veces por minuto, y de tipo costal superior. Presenta un vientre voluminoso, surcado por algunas venas sinuosas que parecen partir del ombligo. Sus maleolos están edematosos.

La palpación de su abdomen nos muestra que hay un líquido desalojable en su cavidad, dato que la percusión confirma haciendo variar de posición al enfermo.

Su hígado está notablemente disminuido, pues el paciente de pie solo daba una zona de dos centímetros en el diámetro axilar y de tres y medio en el escapular, en tanto

que el bazo avanzaba su borde en el hipocondrio izquierdo hasta poder tocarse con los dedos en una extensión de tres centímetros cuando el individuo está en el decúbito dorsal.

Su corazón está normal y en su orina no se encontró albúmina. El murmurio vesicular está exajerado en los vértices pulmonares.

Este cuadro que describo, me inclinó á dirigir mis investigaciones del lado de la glándula hepática, cuyo proceso en su naturaleza no me dejó duda alguna. La perturbación circulatoria, origen de las edemas, no se hallaba en el corazón puesto que la cava inferior fuera la primera que se hubiera dominado, ni tampoco en el riñón, cuyo filtro estaba en apariencia intacto. Tenía que buscarlo en la porta. La hipermegalia esplénica lo confirma, permitiéndome formular el diagnóstico de *Cirrosis atrófica del hígado*.

¿En virtud de qué predisposición especial de este hombre su glándula hepática, bajo la influencia de la bebida llegó al estado escleroso, siendo un caso más de los numerosos procesos á que Laenec unió su nombre?

No me parece impropio hacer alusión á las experiencias que desde 1893 viene instituyendo Lanceraux, haciendo ingerir á Cuyos dosis repetidas de bisulfato de potasa y encontrando siempre en las necropsias lesiones del todo iguales á las características de la cirrosis hepática, deduciendo de allí que la cirrosis de los bebedores, es causada, más que por el alcohol, por las sales de potasa que los vinos tienen fraudulentamente (1).

Si las conclusiones de Lanceraux son confirmadas por la experiencia, indudablemente que se habrá dado un gran paso en la Higiene de tal afección, cuya profilaxia se desprende con toda claridad,

1. "La Revista Médica," 15 de Octubre de 1897.

IV.

Después del hígado, los primeros órganos que el veneno ataca son los de la circulación.

Nada es más frecuente que encontrar en nuestros Hospitales esos jóvenes-viejos, con sus arterias duras y rígidas, quienes gustosos han sacrificado en aras de su vicio los años más hermosos de su existencia.

A veces no solo á algunos y poco importantes vasos arteriales queda limitado el ataque, sino que la relación de continuidad ó contigüidad con el corazón hace de este último casi siempre su víctima.

Testigo el aguador P. L. de 36 años de edad, casado, que ocupaba el día 6 de Febrero de 1897 la cama núm. 22 de la Sala de Clínica Interna en el Hospital de Jesús y cuyo estudio tuve la honra de hacer bajo la dirección de nuestro ilustre maestro el Sr. Carmona y Valle, y la historia del cual consta íntegra en el libro que al efecto se lleva en el mismo Hospital.

Veinte años llevaba este hombre de tomar aguardiente, habiendo ya á los diez y seis años adquirido el denigrante vicio de la borrachera.

Hacia catorce meses que le había llamado la atención la facilidad con que se cansaba al hacer cualquier ejercicio violento. Al mismo tiempo sentía dolores precordiales que irradiaban hacia la espalda, quejándose igualmente de insomnios y desvanecimientos, sin haber tenido hasta entonces edema ninguno.

Sus arterias superficiales son duras y ofrece en el cuello y fosa supra-esternal, constantes latidos arteriales isócronos á los movimientos cardiacos.

Su corazón está hipertrofiado, llegando su punta hasta el borde superior de la séptima costilla hacia abajo. Su aorta, enormemente dilatada hacia arriba en su cayado, ofrece un saco que late en la orquilla esternal. Sus pupilas son iguales y simétricas.

Además de lo grave de la lesión que su aorta aneurismática lleva, las sigmoideas de ésta, insuficientes, dejan oír el soplo diastólico, y la energía que despliega el miocardio revela la lucha que sostiene contra la resistencia de la columna sanguínea tendiendo á perturbar la compensación.

Un hombre en tal situación no puede menos de confesar su inutilidad y lamentar su intemperancia.

V.

Difuso é interminable sería si refiriera uno á uno los casos de innumerables lesiones que el enemigo universal ha producido y que me ha sido dado estudiar, y sólo me permitiré, en atención á la importancia de las perturbaciones funcionales que en órganos tan nobles como el cerebro ó tan necesarios como el riñón, se manifiestan.

La sociedad de San Luis Potosí se conmovió profundamente en el año de 1892, con motivo de un pretendido crimen que calificó de alevoso y marcó con episodios llenos de horror increíbles por lo salvaje.

Se comentaba de mil modos la muerte de una persona de quien se refería, había sido víctima de tormentos que la imaginación exaltada se complacía en exagerar.

El paciente, J. A. R. de edad de 60 años era de estado casado. Su posición social aunque no de lo mejor, le permitía contar con numerosos amigos á quienes ataba con su exéntrica prodigalidad. No obstante su edad y sano criterio que á ella debía, su conducta dejaba un poco que desear por sus treinta años de culto á Baco, sin que faltasen las correspondientes orgías.

Un día la megalomanía se declaró y comprendiendo por su ilustración que su cerebro andaba mal, hizo un viaje á la Capital de la República, donde un médico especialista le prestó sus cuidados. En vano fueron llenadas todas las indicaciones que la ciencia imponía: el enfermo sucumbió en el estado de miseria consiguiente á la periencefalitis crónico-difusa de los bebedores.

La convicción estuvo lejos de anidarse en todos los ánimos, tanto menos cuanto que patologistas de la talla de Don Ignacio Alvarado, padre, de un lado y Don Esteban Olmedo y Secundino Sosa de otro, estaban desacordes; pero los debates médico-legistas que se suscitaron y del estudio anatómico-patológico que del cadáver se hizo, se desprendió la claridad por todos deseada.

Sea el otro, el urdidor de hilaza de 42 años de edad y estado soltero, M. N. que ocupaba la cama n.º 5 de la Sala del Profesor Orvañanos el 12 de Marzo de 1897, con treinta años también de constante uso y abuso del mezcal.

Nos refiere: que hace un año se le hincharon por primera vez los párpados siendo en ocasiones tal su pesadez, que muchas veces no puede al despertar abrir los ojos; pero con el ejercicio del día y la copita que en ayunas acostumbra le desaparecía el hinchamiento. Hoy también los pies se le han hinchado, por lo que se asustó y pidió una cama.

La palidez clorótica de su cara vultuosa, su dispnea y sus edemas erráticos é irregulares, no nos permiten dudar, aun antes de examinar la orina, del estado de nuestro enfermo. Es albuminúrico.

El alcohol ha dejado á su paso incólume casi toda su trayectoria, descargando toda su acción sobre el epitelio del filtro renal; quizá su parenquima no esté exento, atendiendo al largo tiempo que su coraza epitelial ha dejado en parte de cumplir su misión, sin que me sorprendiera verlo algún día, aunque curado en la apariencia, sucumbir violentamente á algún ataque de uremia.

No es indispensable que las lesiones del alcohol se manifiesten de una manera aguda y más ó menos clara, sobretodo en patología renal.

¡Cuántas veces se afirma la perfecta salud de un individuo aparentemente satisfactoria, y sin embargo, una débil reliquia inflamatoria, semejante á una braza oculta bajo las cenizas, sobrevive, prosiguiendo lentamente y en silencio su destructora obra, y sólo después de una larga serie

de años se descubren los síntomas evidentes de una esclerósia renal establecida!

VI.

A fin de hacer lo más concreto posible este humilde trabajo, sólo indicaré un fenómeno que me viene llamando altamente la atención desde mis primeros estudios clínicos escolares, y es: que todas las enfermedades agudas toman, cuando se declaran en un individuo presa del alcohol, un sello especial, una modalidad propia que les dá una gravedad particular y que estoy seguro á nadie ha escapado esta apreciación. Por tal razón, no haré sino referir una pura observación que, además de la singularidad de su marcha, pone otra vez en relieve el efímero vigor de los bebedores.

Llamado al servicio de Infecto-contagiosos el 27 de Enero de 1898, en la Sección que el Hospital Militar tiene en Churubusco y siendo Jefe de las Salas el Dr. Constancio Peña Idiáquez, recibí en la Sala de tíficos con fecha 29 del mismo mes á un Gendarme de la 4.^a compañía, A. G., soltero, de 31 años de edad y anterior oficio comerciante.

Entre sus antecedentes, recogí el dato de quince años de tomar indiferentemente mezcal ó *refino* sin que le faltase el pulque un solo día. Emborrachábase con mayor frecuencia antes de ser gendarme, por condiciones de las amistades que cultivaba.

Llevaba, según él, seis días de enfermedad, sin querer consultar en su ignorancia, auxilio científico de seriedad, contentándose con los remedios privados que nuestro pueblo se imparte con la mejor buena fé.

Su bien desarrollado sistema muscular y satisfactoria panícula adiposa, adornando una talla elevada, revelaba una constitución fuerte y vigorosa.

Entre los fenómenos que primero me llamaron la atención, fué la falta de concordancia en un hecho que la práctica me ha mostrado con mucha frecuencia y es: la relación casi constante que hay entre la franqueza y la confluencia

de la erupción y el estado general del paciente. Parece como que el organismo, reaccionando en contra de la infección, halla en el brote eruptivo, un camino preparado al enemigo en su huida y sufriendo por el contrario, cuando este es raro y difícil, un especie de formidable ataque de concentradas fuerzas, mucho más activo y temible.

La temperatura tomó una marcha un poco discordante con el estado general, pues en tanto que éste era grave, aquella se mantuvo poco elevada.

El enfermo ofreció desde el día 30, reunidos los accidentes ataxo-adinámicos de tal modo, que me hicieron luego temer por su miocardio.

El día 31 su respiración se hizo entrecortada y difícil, declarándose un delirio inquieto, que me obligó, con la autorización del Dr. Idiáquez, á colocar dos enfermeros á su lado. Su incoherente delirio y constante movimiento, dieron durante la noche ocupación á sus veladores. El pulso, que se hizo rápido y debilitado, se levantó para decaer en seguida, claudicando mucho el día 1.^o de Febrero y haciéndose completamente irregular el día 2 (¿décimo día?), en que al fin se paralizó, á las 10 h. 25' p. m., sin que el alcohol, éter, estriquina, ni medio alguno artificial, lograra reanimar el ya por la infección agotado corazón.

VII.

La acción del alcohol no se limita á hacer sus víctimas entre las personas que á Baco rinden pleito homenaje, sino que estigmatiza á los descendientes de los desgraciados que han caído en el vicio, é imprime con indelebles caracteres la maldición sobre generaciones enteras bajo la forma de neuropatías más ó menos graves, que hacen de los hijos de los borrachos verdaderos parias de la salud, cuando no desembocan por término final en la demencia ó en la locura.

Desde el instante de la concepción empiezan, con la evolución embrionaria, los sufrimientos del engendrado, y ya en el primer tercio de la preñez, el embrión convertido